

LA IBERIA

DIARIO LIBERAL.

FUNDADOR: D. PEDRO CALVO ASENCIO.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID: Administración de LA IBERIA, Lope de Vega, 23 y 25, y en todas las librerías.—PROVINCIA: Girando directamente a estas oficinas y en casa de nuestros corresponsales.—LISBOA: D. Juan de la Torre, librería Española, rua Aurora 14.—PARIS: para suscripciones y anuncios, O. A. Savodra, rue Talbott, 67 y en las principales librerías de todos los países.

Martes 13 de Octubre de 1895

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID: Un mes 8 reales.—Trimestre, 20 reales.—Por comisionado, 34 rs. Extranjero: Trimestre, 60 reales.—Un año, 12 pesos, en etc.—Países con quienes España no ha celebrado convenio postal, 80 reales trimestre.—No se servirá suscripción alguna sin previo pago. Anuncios y comunicados a precios convencionales

SEGUNDA EDICION

DESBARAJUSTE

A los conservadores no se les puede negar una condición que poseen en grado eminente: la de aprovecharse de todo lo bueno y malo que sucede en el país. El cólera ha sido explotado para ensañarse con los adversarios políticos en las corporaciones populares, detener las cartas y los periódicos a pretexto del desbarajuste sanitario, premiar a los amigos con las necesarias dietas, disculpar la baja en la recaudación y defender las torpezas de la policía frente a los bandidos que viven en las provincias de Granada y Málaga.

La salud del rey ha sido igualmente explotada para justificar su prolongada indolencia para no cederle consejos y para no resolver ninguno de los áridos problemas planteados. El conflicto de las Carolinas, por último, ha sido fuente inagotable para los conservadores. Merced a él, todo les ha sido fácil y hábil. Todos los ministros han cometido los más absurdos dilates, sin que la opinión pública les diera la menor importancia. Preocupados con un asunto que absorbía su atención y que excitaba su patriotismo hasta olvidarlo todo, los ministros no han perdido el tiempo para cometer infinitos dilates y atropellos.

A la sombra de este conflicto nacional y por estar amparados, el ministro de Estado intenta barrer la ley de la carrera diplomática formando un expediente que en esta ocasión hubiese escandalizado al país; el de Ultramar frasca en sus empujones y en la construcción del ferrocarril central de Cuba; el de Gobernación de el triste espectáculo de que se discutan y se disputen las sendas como bienes de simonía, y el más triste aun que presencia Sevilla con un gobernador desautorizado de una parte y de otra impuesto a su jefe inmediato; el de Hacienda vive en su publicación de los estados de recaudación de Agosto y Septiembre, solicitando una ley de consumos a Zaragoza, otra diferente a Barcelona, la verdadera, aunque mala, al resto de España, y una especialísima para que todas al vecindario hambriento de Madrid; el de Gracia y Justicia consiente a un caballero, que ejerce de fiscal sin deber, que atropelle a los periódicos, que dé órdenes a correos, que haga destituciones de fiscales de verdad, que intente imponerse ante los tribunales y que sea el escándalo de propios y extraños; y como si esto fuera cosa sin importancia, el Sr. Silveira sigue impertinente ascendiendo a los principales perseguidores de la prensa, aunque sea atropellando derechos adquiridos y preceptos legales, como sucedió con el reciente encumbramiento del Sr. Aylon.

El de Fomento ha llegado en este punto hasta la temeridad. Por decretos ha variado radicalmente la enseñanza, sacándola de las Universidades oficiales para entregársela a los frailes, que van invadiendo toda España y amenazan apoderarse de su culto, de su enseñanza, de sus monumentos y de sus obras de arte.

Y, por fin, los ministros de Guerra y Marina, sin que lo sienta la tierra, continúan su obra, llevando el disgusto a las flotas y la intranquilidad a todos los espíritus.

Mientras, las Cortes continúan cerradas; las negociaciones diplomáticas, con tanta trapisaca desbarajustada, se explotan en la Bolsa; los ministeriales alardean de vida eterna; la salud del rey, que oficialmente no ha tenido alteración, se ha puesto a merced de una serie de explotaciones políticas, y sobre todo este inmenso desbarajuste se alza la figura del Sr. Cánovas del Castillo dirigiendo la maniobra, alentando a los que desfallecen e imponiendo su voluntad a todos.

Esta es la situación del país. Los órganos con-

servadores niegan que habrá crisis, y nosotros, atentos sólo a lo que pasa, afirmamos que la hay, y la hay inevitable.

PRUEBAS

Todos los esfuerzos que despliegue *La Epoca*, único diario ministerial que defiende la gestión administrativa del partido conservador, no conseguirán demostrar que es beneficioso para los intereses del país y que los pueblos agradecen sus imaginarias ventajas.

Ante la baja de los rendimientos de las rentas públicas, ante el descenso de los valores y ante las dificultades con que lucha el Tesoro para hacer frente a sus compromisos no hay que hacerse ilusiones.

El partido conservador en menos de dos años ha hecho mangas y capotes del crédito de la nación, ha destruido la obra del Sr. Camacho y nos ha hecho retroceder a los tiempos en que la Hacienda estaba al arbitrio de los prestamistas y en que todos se lamentaban del peso de las cargas con que eran abrumados.

Los tributos han crecido, y sin embargo, el estado del Tesoro es tan apurado, que exige para vivir al día el auxilio de los establecimientos de crédito, los cuales le rehúsan los anticipos que humildemente les demanda, y rechazan las operaciones con que se les brinda, a pesar de ofrecerles cuantiosas ganancias.

Esto está a la vista de todo el mundo, nadie lo ignora y no es posible ocultarlo por más tiempo.

La prueba nos la ofrece el mismo Gobierno al derrochando de los fondos de la Caja del Consejo de reducciones y ergarías, pidiendo autorización a las Cortes para emitir delegaciones sobre todas las contribuciones e impuestos del Estado, y aumentando hasta la exageración las cuotas tributarias de la territorial y del subsidio industrial y de comercio.

La prueba está en el desbarajuste introducido por el partido conservador en la contribución de consumos, desbarajuste que ha dado lugar a multitud de motines en los pueblos y a la efusión de sangre.

La prueba la presenta la depreciación que experimenta el crédito público en los mercados nacionales y extranjeros.

Y la prueba, finalmente, está en el silencio del Gobierno, en el empeño en no dar publicidad a los estados de ingresos y pagos correspondientes al mes de Agosto último, infringiendo una disposición emanada del partido conservador, y en el mal estar que se siente en las capitales y en los pueblos de España.

Ninguna de nuestras afirmaciones ha sido destruida por *La Epoca*, porque es más que difícil imposible contradecir la autoridad de los hechos.

El diario conservador cumple su misión como Dios le da a entender, y no hay que pedirle más, puesto que ciertas causas son indefendibles y contra ellas se estrella la habilidad del mejor abogado, del más fecundo ingenio, del más travieso procurador.

Lo que hay es, y esto está profundamente arraigado en la conciencia de todo el mundo, que la Administración responde siempre a la política, y que cuando esta es pésima, aquella tiene que ser detestable.

El partido conservador ha fracasado por completo en la una y en la otra, y tiene que resignarse a sufrir las consecuencias de sus temeridades.

El Gobierno debe aprestarse a abandonar el poder en manos más expertas, a menos que prefiera comprometer altos intereses y conjurar calamidades sin cuento sobre este desdichado país.

LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

REEMPLAZADA POR EL MUSEO DE CIENCIAS

Es de todo punto imposible que con este sistema de administración posible conseguirse en España nada serio ni estable: cree un ministro que es conveniente adoptar una medida, pone en práctica su proyecto; y como para su realización se necesita tiempo, viene otro, e inspirándose en ideas contrarias a las de su antecesor, deshace lo hecho, y sobre el mismo estudio se plantea cuestión completamente diferente, siendo, por consecuencia, el perjudicado siempre el país y los intereses generales del Estado.

El Sr. Pidal es de esos que no respetan nada; que las leyes y las consideraciones y las conveniencias no tienen para él ninguna importancia; piensa sólo en su realización, satisface sus deseos y los de sus amigos, y no inspirándose nunca en ideas levantadas ni en el natural interés de lo que pueda ser conveniente para el país, se deja llevar por consejos interesados y poco dignos, y entrega la Administración a los más tristes y desastrosos precedentes. Pocas personas hemos visto más amantes del caciquismo ni más desearos de satisfacer personales pretensiones que el Sr. Pidal.

Desde su entrada en el Ministerio se podrían enumerar todos sus proyectos y todas sus denominaciones por derrochamientos y faltas a la ley y al buen sentido. Y lo más triste de todo es que el señor ministro no tiene en ello más que la responsabilidad personal y legal que le da el hecho de autorizar con su firma esos proyectos. No comprendemos que un hombre que quiere aparentar ciertos conocimientos y pretende tener ciertas condiciones se conforme con representar el tristísimo papel de figura decorativa, sin iniciativa para desempeñar puesto tan importante.

Ya es del dominio público que el Sr. Pidal está completamente entregado a ciertos y determinados personas. Se dice que el ministro de Fomento es el Sr. Sánchez Toca, que a él se deben la últimos proyectos sobre enseñanza, y que este señor adopta toda clase de resoluciones y medidas.

Los jefes de negociados y secciones son puras máquinas a quienes nunca se les consulta, y sólo reciben los trabajos que se confeccionan y se hacen en el retirado hotel del señor antes aludido.

Sabíamos todos que el Sr. Pidal se dejaba guiar por sus amigos y correligionarios; lo que no sabíamos, lo que no podíamos esperar ni queríamos presionar, es que el señor ministro se dejara imponer por las antiguas y dominadoras tendencias que han tratado siempre de influir y sostener en el Ministerio, ejerciendo absoluto, completo y perjudicial monopolio en contra de los sagrados intereses que deben anteponerse a todo particular deseo. Si para proclamar esta creencia no faltaba algún argumento que nos asegurara en nuestro modo de pensar, viene hoy a convencernos por completo el hecho inculcable llevado a cabo por el ministro, y del cual vamos a ocuparnos.

En el Paseo de Atocha, en un extremo del hermoso Jardín Botánico, empezaba a levantarse, majestuoso y bello, un edificio, cuya forma esbelta y seria daba perfectamente a conocer que lo estaba destinado. Allí se preparaba digno alojamiento al obrero pobre y desvalido, que, después de las luchas del trabajo durante las largas horas del día, robaba tiempo al descanso y al solaz que podrían proporcionarle los primeros momentos de la noche para buscar ilustración, enseñanza y conocimientos útiles para su oficio.

Hermosa misión, respetada y enaltecida por todos los pueblos cultos, donde se reconoce como

una de las primeras necesidades para conseguir una buena regeneración social, para contrarrestar el gran problema que hoy tanto preocupa, la de ilustrar las masas, dar instrucción al pueblo, inculcarle, por medio de la enseñanza, nobles preceptos que cumplir, deberes sagrados que satisfacer, endulzar sus sentimientos, sacándole de lo rufo del ser natural, y colocándole, por medio de sabios principios y de ilustrados conocimientos, a la altura de los hombres que piensan y que valen y que son acreedores a grandes respetos y consideraciones. Esto es lo que más preocupa hoy a todas las naciones civilizadas de Europa.

Francía, con sus libertades, se ocupa con exquisito cuidado de la libre acción de su obrero, levantándose por todas partes centros y sociedades solamente dedicadas a este noble objeto.

Y en España, a la acción modelo, de un más especial interés a la cultura popular y establece por todas partes sus Escuelas de artes y de comercio.

Suiza, considerada por sus adelantos en las artes mercantiles, llama la atención del mundo civilizado con sus Escuelas de Artes y Oficios. Italia, Alemania, todas las demás naciones, lo mismo de Europa como de América, han reconocido esta importante necesidad.

España es la única que, gracias a la iniciativa de Sr. Pidal, se detiene en el momento que trataba de empezar su obra grande de completa regeneración. Esto debe ser para el ministro sumamente honroso, y sobre todo altamente satisfactorio.

Triste misión la del Sr. Pidal! Mientras que las demás países de Europa reconocen la necesidad urgente de proteger e ilustrar a las clases pobres, el Sr. Pidal destruye todas las esperanzas que se levantaban al mismo tiempo las atrozmente propiamente las líneas de aquel edificio que se firmaba entre Atocha y la plaza de Atocha y Oficinas.

Hace pocos años, cuando mandaba el partido liberal, un digno ministro de Fomento, que no creemos nosotros necesario nombrar aquí, convino plenamente de lo necesario que era en España dotar a las clases obreras de los centros modelos que necesitan para perfeccionar su ilustración artística y profesional, dispuso, aconsejado por el inteligente Sr. Márquez (D. Félix), que entonces era director del Conservatorio de Artes, se procediera con toda actividad al estudio y perfeccionamiento de un edificio que tuviese todas las condiciones necesarias para hacer una Escuela modelo de Artes y Oficios.

Reconociendo la urgente necesidad de este proyecto tan importante y tan conveniente, se llevó a cabo con toda la premura que el caso merecía, y bien pronto la idea que nació en la mente del ministro se vio realizada, gracias a grandes sacrificios por parte del Sr. Márquez, a su inteligencia y especial conocimiento en estas cuestiones.

Doctas corporaciones y centros consultivos eligieron el proyecto y aprobaron su realización.

Aquel edificio encerraba en sus muros que se levantaban la gloria de un ministro, y veía a resolver una vez su entidad reconocida y latente, que era justo proteger y desarrollar.

El Sr. Pidal, dentro de cierto orden de ideas, debía haber reconocido todo esto; debía haber comprendido el por qué de aquella medida; debía haberse inspirado en los pensamientos que dominan en todos los que son amantes del progreso de su patria; debía haber respetado lo hecho, y jamás haberse opuesto a obra que obedecía a sentimientos y necesidades de esta índole.

Ya entonces, como siempre, se presentaron personas que, cubiertas bajo el misterio y el pseudóni-

mo, trataron de perjudicar el proyecto, valiéndose de medios indignos y que no merecen la consideración de ser expuestos.

Esas mismas personas, que guían por un fin particular se olvidan de todo lo que es noble y grande y de los deberes que ellos, antes que nadie, debían proclamar y cumplir, han influido hoy de esa manera sorda, hipócrita y jesuita que tanto está en alza en el Ministerio de Fomento, para conseguir dominar el ánimo del ministro, y que éste disolva el mayor de los absurdos y de los atentados. Olvidándose de las leyes, olvidándose de los respetos que merecen la constitución, no teniendo en consideración la seriedad que debe darse a la Administración, el Sr. Pidal destruye en un momento todas las esperanzas que estaban pendientes a rededor de ese edificio; y de esa manera figura a la destrucción, como en ese Ministerio se hace hoy todo, deshace en un momento todo el gran proyecto, deja huérfanos de enseñanza a las clases obreras, se niega al país la necesidad reconocida de una Escuela de Artes y Oficios, y satisfaciendo los deseos de los que se le imponen, ordena el más completo aturdimiento.

Ya han vencido por hoy los que se oponían a proyectos necesarios; el Sr. Pidal, al darle crédito, no sabemos en las ideas que haya podido inspirarse; pero un desbarajuste para nosotros la gloria que pueda traerle este acto.

Ya no hay Escuela de Artes y Oficios; gracias al ministro de Fomento, el edificio estudiado y calculado para esta edificación se convierte, en un momento ya está edificado en su base, en Museo de Ciencias.

Para esto será necesario reformarlo y destruirlo todo; pero no importa, con tal de satisfacer un capricho con tal de complacer a los amigos.

El Museo de Ciencias tenía un local señalado donde iba a levantarse; no hemos de ser nosotros los que nos oponemos a este edificio, que consideramos desde un principio necesario; pero no podemos de ninguna manera comprender que porque este plan de edificio no tuviese las condiciones necesarias para hacer posible su ejecución, porque faltasen en los estudios hechos que se declarasen desiertas todas las subastas, no creemos nosotros que los defectos que hacían irrealizable el proyecto del nuevo Museo sean causa suficiente y bastante para que, dominando éste, se destruya la Escuela de Artes y Oficios.

Urge acaso más dar instalación desahogada a la Facultad de Ciencias, no mal ubicada en la Universidad Central, que abrir la primera Escuela donde la juventud obrera reciba la instrucción teórica y práctica que ha de emanciparla de su ignorancia, de su inhabilidad y de su inexperience, emancipando al propio tiempo a la industria española de la tiranía extranjera? Precisamente algunas de las provincias estaban siguiendo atentamente los progresos del edificio y se proponían hacer lo mismo con la organización de las clases para seguir inmediatamente en las respectivas capitales la iniciativa del Gobierno. Y en este estado, cuando ya no es posible hacer servir a no tan distinto edificio comenzado desde los comienzos para instalación de la enseñanza práctica, el señor ministro de Fomento, tocado no sabemos por qué resorte, que no es ciertamente el cuidado del interés público, adopta una medida que forzadamente tiene que privar al país de un excelente edificio para Escuela de Artes y Oficios y darle otro detestable para Facultad de Ciencias, que muy bien pudiera esperar algunos años, o por lo menos un arquitecto más afortunado.

Además, y antes de terminar este ya largo artículo, nosotros creemos que el Sr. Pidal no tiene

—Diciéndoles el amor que mata y el amor que no mata.
—¿Y, pues, muchas clases de amores?—preguntó una mujer que quizá menos que todas las que allí estaban tenía derecho para hacer esa pregunta.
—Sí, señora,—respondió el conde;—y si no fuera demasiado largo, yo enumeraría esos amores. Vovamos, pues, a lo que he preguntado: muy pronto será media noche, y tenemos todavía dos o tres horas disponibles.
Esté sentados en cómodos sillones y el fuego arde confortablemente en la chimenea.
Además, la noche es fría y hay abundantes copos de nieve; así, pues, en condiciones tales, que hace tiempo desaba encontrar un auditorio. Os tengo aquí, y no os reñiré... Ahí está el conde que cierra las puertas, y vuelve con el manuscrito que ya sabeis.

Un joven se levantó; era el secretario del conde de M... muchacho elegante y lleno de distinción, que, según el conde, tenía en la cara un título más firme que el que le había dado, lo que podía probar en el momento realizado la afición paternal que le tenía el conde.

Al oír la palabra manuscrito, oyéronse muchas voces y algunas exclamaciones en perfecta confusión.
—Perdon,—dijo el conde,—pero no hay novela sin prólogo y yo no puedo prescindir del mío.
Tal vez podríais creer que soy el inventor de esta historia, y tengo que advertir que jamás he inventado nada.

Ahora diré cómo la susodicha historia ha caído en mis manos.
Ejecutor testamentario de un amigo mío, muerto hace diez y ocho años, he encontrado entre sus papeles esas memorias; pero debí hacer esta advertencia; mi amigo escribió esas memorias no hace más

(Se continuará)

FOLLETIN

AMAURY

Por

ALEJANDRO DUMAS

TRADUCIDA POR S. AJ

Existe una cosa casi completamente desconocida a todo el resto de Europa, y que es, sin embargo, muy particular y exclusiva a la Francia, esto es, la charla.

En todos los países de la tierra se discute, se habla, se piensa; en Francia solamente se charla. Cuantas veces he estado en Italia, en Alemania o en Inglaterra y anunciaba de pronto mi regreso al día siguiente para París, algunos se asombraban de esta brusca partida, y me preguntaban: —¿Qué vais a hacer en París?

—Voy a charlar,—les respondía.

Entonces todo el mundo se asombraba de que, fatigado de hablar o de oír hablar, recorriera cuatrocientas leguas por charlar.

Sólo los franceses, que comprenden este encanto, me dicen:

—¿Qué feliz sois!

Y algunas veces uno o dos de ellos, retenidos por sus obligaciones en esos puntos, abandonaban los y venían conmigo a París.

En efecto; jamás nada más encantador que esos pequeños comités, en un rincón de elegante salón, entre cinco o seis personas que dejan caprichosamente la palabra a gusto de su capricho, cogiendo y sacando una idea, abandonándola cuando ha hecho su gasto para apoderarse de otra, que toma cuerpo y se desenvuelve a su vez en medio de

las risas de los unos, de las paradojas de los otros y del contento de todos; llega, por fin, al zenit de su desarrollo, y desaparece, se evapora, se volatiliza como la pompa de jabón al tocarla la mano de la lavandera?

Hay en París cinco o seis salones parecidos al que acabo de describir, donde no se baila ni se juega, y de los que no sale uno menos de las tres o las cuatro de la mañana.

Uno de estos salones es el de uno de mis buenos amigos, Mr. el conde de M... cuando digo uno de mis buenos amigos, debiera decir de los buenos amigos de mi padre, porque Mr. el conde de M... que se guarda muy bien de decir su edad, y al que nadie se le ocurre preguntarle por ella, debe tener de sesenta y cinco a sesenta y ocho años, aunque, gracias al extremo cuidado y omero de su persona no aparenta tener sino cincuenta.

Es uno de los últimos y más amables representantes de ese pobre siglo XVIII tan calumniado.

Existen en él dos principios: uno que proviene de su corazón y otro que predomina en su espíritu. Egoísta por sistema, es generoso por temperamento.

Nacido en la época de la caballería y de la filosofía, ha podido ver todavía lo que había de espiritual y de grande en el último siglo. Rousseau le ha bautizado con el título de ciudadano; Voltaire le ha predicho que sería poeta; Franklin sólo ha recomendado que fuera honrado y bueno.

Había del terrible 93 como el conde de Saint-Germain de las proscripciones de Bayle, y de las corporaciones de Nerón. Ha visto pasar a su vez, con el mismo ojo escéptico, las matanzas y los guillotinados, primero en su carro, después en una carreta.

Ha conocido a Florian y André Chénier, Demostriero y Ma. de Staël, el caballero de Berin y Chateaubriand; ha besado la mano de Mad. Tallend, de Mad. Recamier, de la princesa Borghese,

de Josefina y de la duquesa de Berie; ha visto engrandecerse a Bonaparte y caer a Napoleón.

E abate M... se llama a su discípulo y M. de Talleyrand en educando; es un diccionario de datos, un repertorio de hechos, un manual de anécdotas, una mina de palabras.

A fin de estar seguro, de conservar su superioridad, no ha querido jamás escribir; él refiere, charla; hé aquí todo.

Así, como decía hace un momento, su salón es el de los cinco o seis de París en los que no se juega, ni se hace música, ni se baila; pero se sienta a ellos a las tres o las cuatro de la mañana.

Es verdad que en las tarjetas de invitación, escritas por su mano, se lee: «Se charlará», como en otras se pone: «Se bailará».

La fórmula es algo breve, cual si se tratara de una nota de banqueros o agentes de cambio; pero es lo cierto que atrae a las gentes de cierto espíritu superior, los artistas que quieren oír y los misántropos de todas clases, que no obstante las réplicas de las sillas de su casa que nunca han querido aventurarse con un caballero solo, y han pretendido que la conversación es llamada así, porque es lo contrario de la danza.

Por último, tiene un talento admirable para contener con una palabra el mal efecto que algunas teorías pueden herir las opiniones de los demás, ó para que las discusiones que amenazan ser mejores se contengan en buenos límites.

Un día, un joven de buenos o bellos y larga barba hablaba delusos de este señor de Rubierpierre, enalteciendo su sistema, llorando su muerte prematura y prediciendo la rehabilitación de él. «Es un hombre,—decía,—que no ha sido juzgado».

—Pero afortunadamente ha sido ejecutado,—respondió el conde de M... y la conversación no tomó proporciones.

Así, pues, hace un mes poco más ó menos que me encontré en una de estas reuniones, en la cual, des-

pues de haber tocado todos los textos, llegó a las brisas del amor.

Era justamente en uno de esos momentos en que la conversación se ha generalizado, cambiándose palabras de un lado a otro del salón.

—¿Quién es el que habla del amor?—Preguntó el conde.

—Es el Dr. P...—dijo una voz.

—¿Y qué dice?

—Que es una congestión cerebral benigna que se puede combatir y curar con la dieta, sanguijuelas y sangrías.

—¿E-o decís, doctor?

—Sí; tras el amor, se desea la posesión, y entonces el mal es más rápido y peligroso.

—Pero, en fin, doctor, suponed que no se posee el objeto amado, y suponed que no se deja cuidar por vos, que he visto encontrar la panacea universal, y que ocurre el caso a uno de nuestros colegas, menos veraz que vos en la clínica. ¿Se puede morir de amor?

—Esa es una pregunta que no se debe hacer a los médicos, sino a los filósofos,—replicó el doctor.

—Responded, si no; decid, si no.

Mis lectores comprenderán que en tan grave cuestión las opiniones se dividieron.

Los jóvenes, que tenían edad muy conveniente para morir de desesperación, respondieron que sí; los viejos, que no tenían más esperanzas sino morir de catarras o de gota, contestaron que no; las mujeres bajaron la cabeza con orgullo, pero sin dar su opinión, demorándose a sí mismas para decir que no, y demasiado sinceras para a decir que sí.

Todo el mundo tenía explicarse lealmente y acabaron por no entenderse.

—Pues bien,—dijo el conde M...—voy a sacaros de duda.

—¿Vos?

—Sí, yo.

—¿Y cómo?